



© De la edición española:

 **Ediciones Librería Argentina**

Andrés Mellado, 46. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

[www.libreriaargentina.com](http://www.libreriaargentina.com)

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

ISBN N° 978-84-9950-132-1

DEPOSITO LEGAL: M-22790-2014

Impreso en España

*Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.*

# MAHATMA GANDHI

*Un místico de la política*

RAMIRO CALLE



*Ediciones Librería Argentina*

Andrés Mellado, 46

28015 Madrid

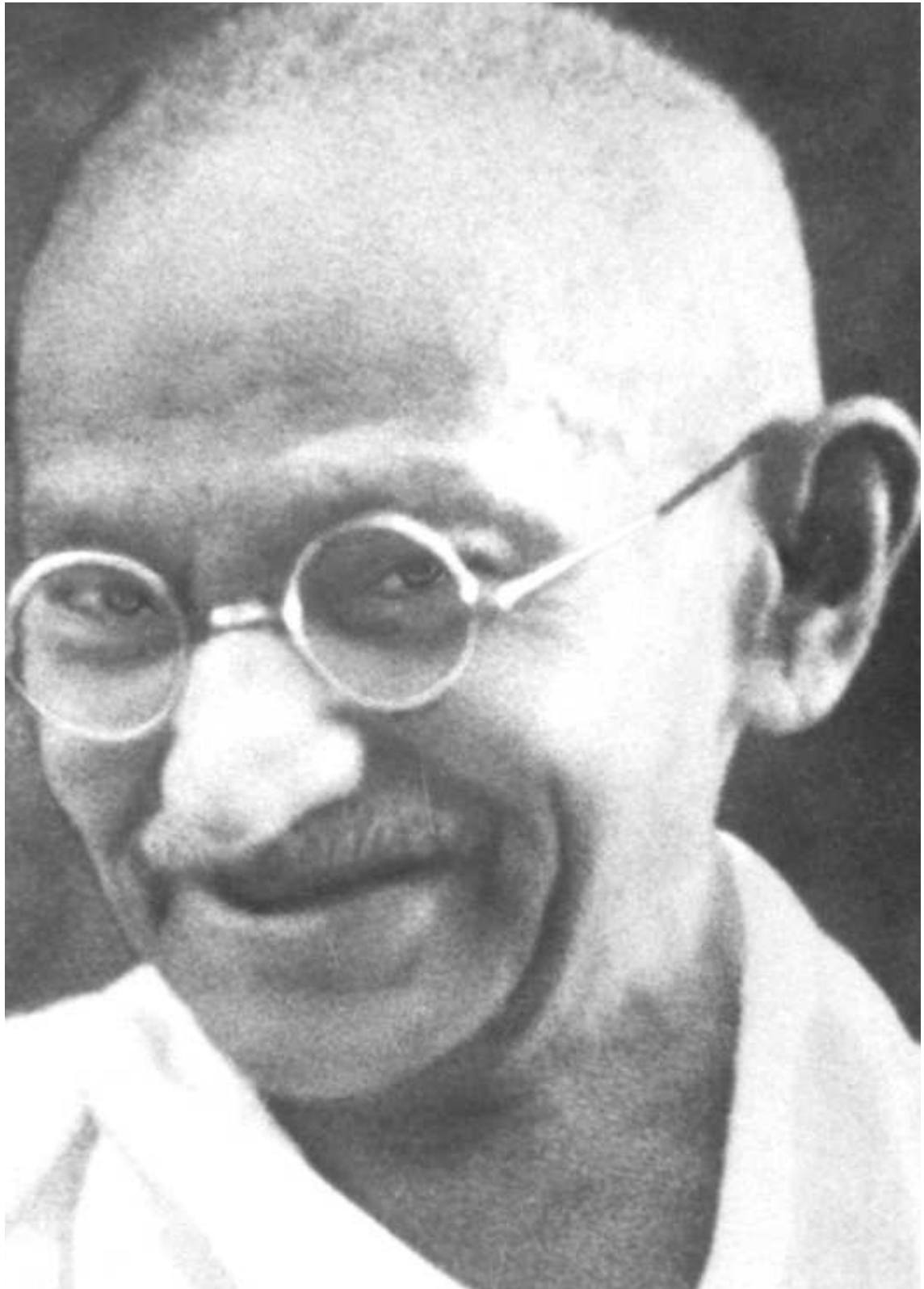
España

[www.libreriaargentina.com](http://www.libreriaargentina.com)



## *Índice*

1. Al comienzo del sendero	7
2. Occidente cara a cara	19
3. Una dura prueba	31
4. De vuelta a la India	45
5. Resurgimiento político de Gandhi	51
6. Contra los “grandes hombres”	55
7. Perfil psicológico de Gandhi	69
8. La muerte de un gran idealista	75
9. Galería de fotos	79
10. Frases célebres	87



## 1. Al comienzo del sendero

Si ha habido algún hombre que ha tratado de purificar la política hasta sus últimos extremos, ése sin duda alguna ha sido Mohandas Gandhi; un hombre respetado y querido por amigos y enemigos, por compatriotas y extranjeros; un hombre digno, amante de la verdad, sencillo y cariñoso, pacífico hasta donde más no cabe, increíblemente humano y preocupado por las dificultades sociales.

Sobre él escribió Einstein:

“Las generaciones venideras apenas podrán creer que semejante hombre de carne y hueso haya vivido sobre la faz de la tierra”.

Pero para bien y gloria de su pueblo, lo hizo. Él demostró que el camino de la violencia no es ni mucho menos el correcto. Aunque aparentemente frágil, dio muestras durante su larga vida de una férrea voluntad y de una estricta disciplina. No fue perfecto en absoluto, pero era tal el poder de su energía espiritual, que sabía llegar hasta el corazón de los más escépticos y desapasionados.

Millones de seres humanos le reverenciaron como a un Dios; millones de seres humanos continúan ahora admirándole y viviendo a través de él. A su manera, fue un reformador, un santo un psicólogo y, sobre todo, un “leader” de las masas. Jamás traicionó sus creencias ni hizo concesiones en ese sentido: era honesto y consiguió, a expensas de prolongados esfuerzos, aquello que se proponía: liberar a su país sin necesidad de recurrir a la violencia.

Su gigantesca labor parece casi un milagro a nuestros ojos. Gandhi ha muerto, pero su admirable obra jamás podrá pasar inadvertida para los hombres;

porque en ella había algo que merece ser destacado: amor y tolerancia.

Nace Mohandas Karamchand Gandhi el 2 de octubre de 1869 en Porbandar (Kathiawar). Su padre estaba casado, en cuartas nupcias, con Putlibai, que antes le había dado otros hijos. Putlibai era una mujer, aunque no muy instruída, buena y cariñosa, amante del hogar. Karamchand, su padre, había tenido la desgracia de enviudar tres veces lo que por fuerza le había hecho sufrir una y otra vez. Era un hombre de cierta importancia y siempre recto en sus costumbres. Con tales padres, Mohandas creció en un ambiente familiar feliz. Era un adolescente taciturno y callado, introvertido, común por lo demás al resto de los adolescentes. Un tanto temeroso y esquivo, no era dado a los deportes y gustaba de la soledad. La timidez siempre fue un rasgo predominante de su carácter; era también irresoluto e indeciso, y se asustaba con gran facilidad.

Cuando Mohandas tenía siete años, la familia se trasladó a Rajkot, en donde era obvio que el niño podría obtener una más sólida educación escolar. En Porbandar, empero, ya había realizado algunos estudios que ampliaría en la escuela de Rajkot. Hay que señalar que las inquietudes intelectuales y espirituales de Mo-





handas no eran cubiertas por las explicaciones de sus padres, que a decir verdad no gozaban de una buena preparación en este aspecto.

Mohandas no era en absoluto un muchacho modelo. En los estudios apenas destacaba y, por otra parte, resultaba travieso y desobediente. Aun cuando le estuviera prohibido fumar, lo hacía de vez en cuando, y si no tenía el dinero suficiente para ello recurría al hurto con sorprendente naturalidad; en ocasiones sustrajo algunas monedas a los criados o a sus familiares, y también olvidó la regla que le prohibía comer carne.

Pero los remordimientos de conciencia empezaron para Mohandas, cuando con dolor se preguntaba hasta qué punto era correcto lo que estaba haciendo. Resultado de tales remordimientos fue que dejase de hurtar, fumar y comer carne. Se prometió a sí mismo que cambiaría de conducta. Y lo hizo.

Las dificultades comenzaron realmente para Mohandas a partir de su matrimonio, que se celebró cuando apenas contaba trece años de edad, ya que estaba comprometido con Kasturbai -su esposa- desde los siete años. Kasturbai era hija de un comerciante de Porbandar llamado Gokaldas Mokalji, antiguo amigo de la familia Gandhi. Afortunadamente para Mohandas, la joven era de su agrado. La boda se llevó a cabo en Porbandar, a la manera tradicional, es decir, haciendo gala de hermosos vestidos y de una pomposa ceremonia. Mohandas permanecía muy serio, al igual que la joven Kasturbai, únicamente dos meses menor que él. Según diría mucho después el Mahatma, todo le pareció en aquella ocasión correcto, apropiado y agradable.

Los primeros meses de matrimonio fueron los más complicados. Aunque Mohandas amaba fervorosa-

mente a Kasturbai, se esforzaba una y otra vez en que sólo prevalecieran sus opiniones y decisiones. Pero Kasturbai, aunque era una joven muy tranquila y sosegada, no se dejaba fácilmente someter, y cuando su esposo se irritaba con ella, optaba por alejarse de él por espacio de unas horas, lo que lógicamente exasperaba al muchacho. Cabe deducir ya de esta actuación de Kasturbai, que era una mujer tenaz e inteligente, aun cuando fuese prácticamente analfabeta. Los esposos, no obstante, se amaban con esa pasión vigorosa y saludable de los jóvenes años; pasión que, como más adelante veremos, creó graves problemas psicológicos a Mohandas.



Ante las continuas salidas de Kasturbai, Mohandas sentía una grave inquietud, motivo por el que le prohibió terminantemente que se alejara de su lado. La sabia Kasturbai se encogía de hombros, escuchaba con aparente sumisión las palabras de su marido y después obraba en consecuencia, es decir, seguía saliendo con sus familiares y amigas. Mohandas no podía resistirlo; señal de ello es que abandonó casi por completo sus estudios. Él, siempre obediente a los mandatos familiares, no alcanzaba a comprender por qué su

esposa no le prestaba la atención debida en este aspecto. Además, Gandhi no era en su trato una persona sencilla; gustaba de imponer sus decisiones, educar y reformar a los que le rodeaban. Nada de esto le sirvió con su joven mujer, por lo que estaba poco menos que al borde de la desesperación.

Llegó el día en que Mohandas decidió emplear todos los recursos que fuesen necesarios para someter la voluntad rebelde de Kasturbai. En tono un poco áspero le dijo que no saliera bajo ningún concepto. ¿Cuál fue entonces la reacción de la esposa? Bien simple: salió de la casa y no retornó hasta pasadas unas horas. Mohandas estaba perplejo, malhumorado y con los nervios en tensión. Kasturbai volvió adoptando una actitud de clara indiferencia e incluso osando entonar algún himno que otro. Cuando Mohandas salió del consecuente estado de sorpresa en el que le sumía la postura de su mujer, dijo con voz imperiosa:

-Es necesario que hagas aquello que yo te mande. Soy tu marido y de acuerdo con nuestras leyes soy tu dios. ¿Cómo eres capaz de desobedecerme? ¿No tienes pudor?

Kasturbai hizo aquello que ya hace tiempo venía haciendo: guardar silencio. Pasados unos segundos, con gran serenidad por su parte, Kasturbai salió de la estancia. No hace falta decir cómo se sintió Mohandas; resultaba terrible para él, orgulloso y desafiante, saber que era incapaz de dominar a su mujer.

Kasturbai, seguramente harta de la opresión que ejercía -o quería ejercer- su esposo sobre ella, dio comienzo a una guerra pasiva. No sólo conservaba durante todo el tiempo un hermético silencio, sino que además se negaba a probar alimento alguno. Ella, sin saberlo, estaba practicando fielmente el satyagraha

(resistencia pasiva), sistema en el que Gandhi llegaría a ser un verdadero experto.

¡Cuán verdad es aquello de que toda moneda tiene sus dos caras! Si por una parte Gandhi hubo de sufrir en aquella época lo indecible, por otra, aprendió de su esposa ese gran caudal de energías que representa la resistencia pasiva. Muchos años después, Mahatma diría:

“Aprendí la lección de la no-violencia de mi mujer, cuando me esforcé por doblegarla a mi voluntad. Su abierta resistencia a mi voluntad por una parte y su tranquila sumisión a sufrir mi estupidez por otra, acabaron por hacer que sintiese vergüenza de mí mismo y me sanaron de mi estupidez al pensar que había nacido para gobernarla; y por último se convirtió, pues, en mi maestra en no-violencia”.

Mohandas descubrió entonces que nada fructífero podría obtenerse por medio de procedimientos no razonados y hasta cierto punto violentos, como los que él venía utilizando. Era como lanzar un “boomerang”: siempre se revuelve contra quien lo lanza. Comprendiendo su error, Mohandas empezó a tratar a su esposa con dulzura.

Pasado un tiempo, fue ella la que, agradecida, dijo:

-Puesto que ahora te esfuerzas en comportarte justamente, haré lo posible por visitar menos a mis parientes y amigas.

La paz matrimonial había llegado, lo que dejaba más tranquilo el espíritu de Mohandas y facilitaba sus actividades escolares. Pero todavía habría problemas para el joven Gandhi.

Un compañero suyo le llevó a una casa de prostitución y antes de que Mohandas se diese cuenta de lo

que sucedía a su alrededor se encontró junto a una mujer de bastante edad. Se sintió desfallecer. Había deseado mucho aquella relación, pero ahora se encontraba indeciso y trastornado. La mujer le miraba pensativa, interrogante. Mohandas no se decidía a actuar; hubiera preferido no haber ido a aquel lugar. Pero allí estaba, y a su lado había una mujer esperando sus demostraciones afectivas. La prostituta, exasperada, preguntó en tono adusto:

-Bueno, ¿qué esperas? Contesta algo.

La sangre pareció congelarse en las arterias de Mohandas, que muy tímido y asombrado, no sabía qué responder.

Ante su grave silencio la mujer agregó:

-¿Eres acaso sordomudo? La gente no viene a este lugar a ver el piso.

El joven seguía como si estuviese sumido en el más profundo de los éxtasis. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Cómo salir de esta situación? Estaba lívido, nervioso.

La mujer no pudo mantener por más tiempo su autodominio, y estalló:

-No eres únicamente sordomudo. Eres también estúpido. No me hagas perder más el tiempo. ¡O haces algo o te vas de aquí!

Mohandas, sentado sobre la cama, estaba como paralizado. Se sentía insignificante y humillado. La furia de la mujer se desató de pronto. Gandhi comenzó a temblar. La prostituta le empujó hacia la salida y cerró con violencia la puerta del cuarto.

Mohandas parecía un cadáver andante. Estaba avergonzado. Se reanimó un poco y comenzó a descender por las sucias escaleras. Todavía, a sus espaldas, pudo escuchar las estridentes carcajadas de aquella feroz mujer que le había ridiculizado e insultado. Salió

a la calle y comenzó a pensar. Únicamente sentía dos cosas: vergüenza y remordimientos. Además una idea le aterraba: ¿qué sucedería si Kasturbai se enterase de aquello? ¿Cómo reaccionaría su joven mujer? No comprendía cómo podía habersele ocurrido dar aquel lamentable paso.

Llegó a su hogar y reflexionó con más calma. Iba a hacer un gran esfuerzo y a contárselo todo a Kasturbai; ella sabría comprender. No fue fácil comenzar a hablar, en absoluto. Balbuceó algunas palabras y finalmente se decidió. Kasturbai escuchaba en silencio, con el rostro ensombrecido. Cuando Mohandas acabó de hablar, su mujer se levantó, dijo:

-“¡Oh, Dios!” -y se marchó de la habitación-.

Mohandas estaba desolado.

¿Podría ella perdonarle? ¿Sería ella tolerante y comprensiva para con su debilidad?

Y Kasturbai perdonó. Siempre demostró ser una gran mujer y si admiración nos produce la vida y conducta de Gandhi, no menos debe causárnosla la de Kasturbai; porque es necesario resaltar que siempre se habla con fluidez de los grandes hombres, pero no existe ni una palabra de elogio para sus mujeres, cuando fueron ellas en realidad las que tuvieron que soportar ese vacío doloroso que se produce con frecuencia en los hogares de estos hombres destacados. Todo hombre que se debe a la gente en general, sacrifica a su familia, y Kasturbai no representa una excepción a esta regla. Ella tuvo que someterse a ideas y creencias con las que no comulgaba plenamente, pasar por ciertas cosas que no hubiera aceptado en el supuesto de no amar profundamente a su marido. Si él fue digno, ella siempre fue una esposa digna de él. Ambos tenían personalidades un tanto diferentes, pero ella supo plegar la suya ante la de

él. Jamás desfalleció, apenas se lamentó durante toda su vida, siempre estuvo con honestidad en el lugar -unas veces más afortunado y otras menos- en el que Mohandas la situó.

Como ya he dicho anteriormente, la pareja se entregó a un apasionado y turbulento amor. Esto es lo lógico, lo normal; pero como luego veremos, Gandhi, por una serie de motivaciones psicológicas que sería necesario determinar, no era en absoluto partidario de que los cuerpos se amasen. Sin embargo, su pasión amorosa era más violenta y poderosa que sus razonamientos en contra. Por ello, con la vitalidad del joven que era, permanecía durante mucho tiempo entre los cálidos brazos de su mujer. La pasión le tenía prácticamente obsesionado.

A los dieciséis años, en 1885, Mohandas ya tenía un hijo. En esa época aprobó sus exámenes. El deporte seguía sin despertar su atención; consideraba que se perdía el tiempo con su práctica. Aunque Kasturbai era menos pasional, cedía con agrado a los impulsos amorosos de Mohandas. Las relaciones amorosas, el dominio que ellas tenían de su mente, evitaba los buenos resultados de Gandhi en sus actividades escolares. Debido a sus estudios, tuvo que separarse de ella, lo que le producía un dolor inenarrable y le impedía toda aplicación cultural. Los fracasos se repitieron una y otra vez. Mohandas no podía vivir sin su querida Kasturbai.

Lloraba con frecuencia; las lágrimas eran su único consuelo en el vacío enorme que le había dejado la separación de su mujer. No pudo resistir más; dejó sus estudios y volvió al lado de Kasturbai. La familia Gandhi se sintió decepcionada ante este suceso, sus miembros comenzaron a discutir la situación. Entonces se dijo que Mohandas debería partir para Inglaterra y

obtener el título de abogado. Cuando el joven se enteró de esta decisión, al contrario de lo que pudiera suponerse, se sintió muy animado y lo aceptó. Un nuevo mundo, fabuloso a sus ojos juveniles, se abría ante él. La idea tomó fuerza y Mohandas comenzó a tratar de convencer a su madre, que terminantemente se oponía a ella.

-Te juro ser bueno, mamá -dijo Mohandas-. Déjame ir.

La madre guardaba silencio. Inglaterra era para ella como un peligroso jardín de tentaciones.

-Por favor, mamá, por favor -pero la madre continuaba oponiéndose-.

¿Cómo se le ocurría siquiera a su hijo la idea de ir a un lugar tan horrible como aquel; un lugar sin sol, siempre triste; un lugar en donde las mujeres tratarían de absorberle! Pero la tenacidad de Mohandas, esa implacable tenacidad que mostraría a lo largo de toda su vida, consiguió el triunfo. La madre, aunque no vencida del todo, cedió a los ruegos de su hijo.

Lleno de alegría, se presentó ante Kasturbai y suavemente le comunicó la noticia. La joven se asustó; siempre había oído el peligro que representaban las mujeres inglesas para los jóvenes maridos. Pero Gandhi, que cuando quería tenía más de poeta que de político, dijo con voz firme:

-Si aquí tengo oro, ¿para qué necesito yo palideces?

Tales palabras confortaron a Kasturbai, pero no lo suficiente. Sabía que durante mucho tiempo no contaría con su esposo. Pero nada dijo. Aquel viaje era sumamente importante para Mohandas; podría obtener su título de abogacía y labrarse un porvenir.

Días de entusiasmo y excitación. Mohandas



comienza sus preparativos para tan largo viaje. Pero he aquí que el proyectado viaje levanta la furia de los patriarcas de su tribu, que consideran el hecho como una violación a las normas de casta. ¡No, Mohandas no tenía derecho a contaminarse con aquellos extranjeros de rostro pálido y demacrado! Mohandas en esta ocasión no ocultó su desdén hacia aquellos retrógrados hombres, y les dijo que no les permitía que se metiesen en asuntos que no les incumbían. Los patriarcas se escandalizaron. Mohandas se encogió de hombros y pensó que haría exclusivamente aquello que le viniese en ganas. Los hombres dignos de la tribu toman sus represalias y anuncian que todo aquel que fuera a despedir al irrespetuoso joven sería multado con una rupia.

Casi nadie acudió a despedir a Mohandas, pero eso era lo que menos le preocupaba. ¡Inglaterra! ¡Dios mío, lo que podría él hacer en Inglaterra!

El 4 de septiembre de 1888, un joven indio de rostro oscuro y aspecto frágil, se embarcaba en dirección a Inglaterra. Su nombre es Mohandas y puede decirse que durante los últimos años ha madurado visiblemente.

Dos años antes su padre había muerto; un año antes, a los dieciocho años, había pasado su examen de reválida. Aunque no muy versado en la lengua inglesa, pensaba que sería capaz de vencer todas las dificultades que se le fuesen presentando.

Hubiera sido curioso e interesante ver cómo Mohandas se desenvolvía durante la trayectoria en el barco. Él, un muchacho no muy agraciado físicamente, tímido hasta donde más no cabe, entre todas aquellas personas emperifolladas y orgullosas.

Nada más entrar en el barco, se sumergió en su cabina y se olvidó del resto de los pasajeros. Permaneciendo solo, no cometería ninguna indiscre-

ción. Además, él nada sabía de aquellos seres extraños que se llamaban ingleses y que tanto observaban las formas y los convencionalismos.

¿Cómo podría él sentarse a la mesa con ellos y utilizar aquellos raros instrumentos que eran los cubiertos?

No, no haría el ridículo ni dejaría que le humillasen; ahora se creía demasiado importante para ello.

El tedio se adueñó pronto de Mohandas que, inquieto, paseaba de un lado para otro, como un tigre encerrado en una reducida estancia. Un día, por último, sacando fuerzas de flaqueza, se decidió a ir al comedor.

Se sentía desplazado e inadaptado, fuera de lugar. Su aspecto exterior podemos decir que resultaba trágico-cómico cuando menos. Si bien él estaba convencido de llevar unas modernas vestimentas, lo cierto es que no era así ni mucho menos.

Comió algunas verduras y un poco de arroz. Estaba sumamente nervioso, como pocas veces anteriormente lo había estado. Utilizar los cubiertos fue para él una especie de drama inacabable. ¡Oh, qué complicados eran los occidentales! Comer con los dedos, como hacen sus compatriotas, no reportaba tantos problemas.

El viaje daba a su fin. Londres se presentaba ante él. Una nueva forma de vida le esperaba, a él, a Mohandas Gandhi, a aquel que años después sería llamado Mahatma (alma grande) y reverenciado por millones de personas.

## 2. Occidente cara a cara

No es difícil imaginarse el choque que produce una inmensa urbe como Londres a un joven inadaptado como Mohandas, rodeado de personas extrañas y con un débil conocimiento del inglés. Pero el joven no se dejaba abatir fácilmente; se encontraba, eso sí, como un animal fuera de su manada. Las personas se cruzaban veloces en su camino, sin prestarle la menor atención; y aquí nos encontramos con Gandhi, bajo la lluvia londinense, paseando de un lado para otro, frente a frente con Occidente, sin saber exactamente qué hacer.

Tenía que guardar las formas en un mundo de convencionalismos y tradiciones, pero ¿sabría hacerlo? Al menos, estaba tenazmente decidido a ello: tenía que aprender, y aprender de prisa.

Lo primero que había que hacer era despojarse de sus vestimentas de katiavari y vestirse con las prendas inglesas a la última moda. Se compró una levita y un sombrero de seda (¿cuál sería su aspecto?); más adelante, se esforzó en aprender a bailar..., pero aquello no era fácil y terminó por abandonarlo. Fue a clase y comenzó a estudiar. Pensó, además, que para ser un hombre importante, no es imprescindible vestir a la última moda ni mucho menos aprender a bailar. Lo que debía hacer era instruirse y, dominado por esta idea, empezó a estudiar francés y a recibir clases de violín, pero en ambas actividades tuvo poco éxito, ya que su pronunciación francesa era horrible y su oído no era precisamente musical. Así, pues, únicamente le quedaban sus libros: tenía que preparar su examen de Admisión. Estudiaría sin desfallecer -se prometió-; no tenía ningún derecho a defraudar a aquellos que habían colocado en él su confianza.

*Ramiro Calle*

---



*En Londres*

---

Pasados unos días, dejó el apartamento en el que vivía y se instaló en unas habitaciones más modestas, pero también más económicas, haciéndose el firme propósito de no gastar más de dos chelines y dos peniques diarios. Así lo hizo. Llevaba una existencia tranquila y ordenada, dedicada por entero a sus estudios, lo que pronto le permitió pasar el examen de Admisión y comenzar a estudiar abogacía.

No mucho después de su llegada a Londres, entabló amistad con diferentes personas seguidoras del vegetarianismo, relación que le resultaba agradable, puesto que él también era partidario de ese sistema de disciplina del paladar. Mediante su estrecho contacto con el círculo vegetariano, tuvo la oportunidad de comenzar a escribir algunos artículos sobre el tema, extendiéndose sobre las costumbres y prácticas de la India. Por último, se hizo miembro de la London Vegetarian Society, y llegó a ser secretario honorario de la misma.

PARA VOLVER,  
RETROCEDE CON TU NAVEGADOR  
O PULSA EN EL SIGUIENTE ENLACE:

<http://www.libreriaargentina.com/novedades%20editorial.htm>